RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes

Universidad
Nacional
de Quilmes

Podgorny, Irina

La Patagonia como santuario natural de la ciencia finisecular

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:
Podgorny, I. (1999). La Patagonia como santuario natural de la ciencia finisecular. Redes 6(14), 157-176. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/717

Puede encontrar éste y otros documentos en: https://ridaa.unq.edu.ar

Universidad
Nacional
de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352 // Bernal
Buenos Aires // Argentina
t.: (+41 11) 4365 7100
f.: (+54 11) 4365 7101
info@unq.edu.ar

Notas de investigación

La Patagonia como santuario natural de la ciencia finisecular

Irina Podgorny *

En este ensayo expongo algunas de las ideas sobre la Patagonia existentes a finales del siglo XIX. Entre los naturalistas argentinos y victorianos tardíos fue vista como posible la existencia de mamíferos fósiles vivos en el remoto paisaje en el extremo meridional de Sud América. Este "nuevo" animal (el "neomylodon") fue creado como entidad natural por Florentino Ameghino. En el trabajo argumento que esa posibilidad estaba vinculada con la percepción de la Patagonia como un lugar donde la historia y el tiempo no habían acontecido ni transcurrido. Por otra parte, la autoridad que Ameghino poseía entre muchos zoólogos y paleontólogos europeos y americanos puede ser vista como otro factor que permitía la aceptación de nuevas especies.

Introducción: un mamífero misterioso de la Patagonia

A fines del siglo pasado, la noticia de un animal prehistórico que aún estaba vivo en la lejana Patagonia desencadenó una serie de expediciones en su búsqueda. La historia acerca de la posibilidad de la existencia de esta bestia se remonta a 1895, cuando Eberhardt, un estanciero de las inmediaciones de Río Gallegos, encontró en Última Esperanza (Chile) una pieza de cuero con pelo y huesecillos incrustados, concluyendo que este hallazgo correspondía a un animal hasta entonces desconocido. En 1896, Otto Nordenskjöld, el explorador de la misión sueca a los mares del sur americano, encontró otra pieza semejante y la llevó a su país. Por otro lado, en 1897 Robert Lehmann-Nitsche, el antropólogo alemán que condujo el departamento de Antropología del Museo de La Plata por más de treinta años, y Francisco Pascasio Moreno, director y fundador de dicha institución, enviaron a Londres un fragmento de este cuero para recabar la opinión de los zoólogos británicos. En 1898, Florentino Ameghino publicó un primer informe preliminar sobre este animal, donde lo llamaba *Neomylodon listai* en honor a Ramón Lista, explorador que se habría enfrentado y disparado contra semejante bestia durante uno de sus viajes al

* Conicet, Universidad Nacional de La Plata.

Sur. Florentino Ameghino afirmaba que esta fiera aún podía ser vista en los distantes territorios patagónicos, basándose para ello en los testimonios obtenidos por su hermano Carlos en sus largas temporadas en el campo. Allí, lejos de La Plata y de Buenos Aires, algunos tehuelches contaban la historia de un animal mítico y misterioso que, en los bosques, asediaba a hombres y caballos.[1]

El *Neomylodon* de Ameghino atrajo la atención europea y, entre otros, Erland Nordenskjiold excavó en la caverna de Última Esperanza, encontrando más restos con carne "fresca". Sobre estas bases pocos dudaban de que este animal había convivido con los seres humanos y la presencia de restos blandos hizo pensar en épocas no tan distantes. La hipótesis del *Neomylodon* como animal cazado por los "trogloditas" del sur competía con otra que sostenía que el "hombre primitivo" lo había domesticado. Dentro del mundo de los zoólogos y paleontólogos, la bestia en cuestión tuvo así varios nombres.

[1] "En los últimos días del mes de julio de 1898, mientras que mi hermano esperaba en el puerto de Santa Cruz el vapor que lo traería de regreso a La Plata luego de una ausencia de dos años, un indio tehuelche se le acercó para mostrarle un trozo del *Neomylodon* en cuestión, diciéndole que era un trozo del cuero de *Jemmich*, que él había encontrado cerca del Río Senguel. El indio le daba a este cuero tales virtudes curativas que no quiso deshacerse de él bajo ningún precio y sólo con grandes dificultades le permitió obtener algunos huesecillos dérmicos [...] *Jemmich* es el nombre que los indios tehuelches le dan a este animal que ellos conocen muy bien, pero cuya historia siempre se ha tomado como fábula (leyenda). Hace tiempo que mi hermano los escucha hablar del *Jemmich* como de un animal *feroz*, de grandes garras y defensas y cola prensil, tan fuerte como para atrapar los caballos y despedazarlos con garras, defensas y cola a la vez. Hace unos dos años, un indio llamado Hopen, con quien mi hermano tenía relación, le contó que cerca del Río Senguel, yendo de Chubut a Santa Cruz, había encontrado en su ruta un *Jemmich* con el que tuvo que enfrentarse y al que pudo matar. Este indio quería llevar a mi hermano al sitio donde debía encontrarse la carcaza, pero él, dominado por la incredulidad, no le hizo caso. A partir de las informaciones que dan todos los indios tehuelches, el *Jemmich* (o *Neomylodon*) vive en los abrigos a orillas de los lagos Colihue, Fontana, General Paz, Gio, Buenos Aires y de los ríos Senguel, Aysen, Huemules, etc. Es de hábitos nocturnos, sale raramente de día y marcha en tierra con la misma facilidad que nada en el agua. El cráneo sería corto, con grandes colmillos, orejas de pabellón rudimentario, patas cortas, pies plantígrados, con cuatro dedos en los delanteros y tres en los traseros, unidos por una membrana natatoria y provistos de uñas o garras excesivamente largas (lo que parece irreconciliable con la presencia de membranas natatorias). La cola sería gruesa, larga, aplanada, peluda y muy prensil. El tamaño, según los indios, es comparable al de un puma grande, pero un poco más largo, de cuerpo más grande y de patas más cortas. El pelo grueso y duro es de color blanco rojizo o amarillento, uniforme en todo el cuerpo. Todos los indios acuerdan en que es un animal excesivamente feroz. No tienen ningún miedo del puma, pero tiemblan de sólo escuchar el nombre del *Jemmich*", Florentino Ameghino, *Obras completas y correspondencia científica,* edición oficial, t. xx, 1935, pp. 102-103, carta 711.

Dos correspondían al mismo "animal" pero determinado de manera diferente: uno, como desdentado (el *Neomylodon listai*); otro, dentro del grupo de los félidos, el *Jemmisch listai*, como lo llamó Santiago Roth, de la sección de Paleontología del Museo de La Plata. Mientras que el primero abogaba por el carácter de relicto prehistórico del *Neomylodon*, el segundo creía que se trataba de un pariente de los gatos actuales. Asimismo, los naturalistas del Museo de La Plata Robert Lehmann Nitsche, Rodolf Hauthalt y el mismo Roth, crearon al *Grypotherium domesticum* para referirse a otro supuesto animal ya extinguido, pero domesticado por los indígenas de la cueva, al que debían corresponder los trozos de cuero hallados en aquella caverna del confín sur del continente americano.

Los nombres –y la celeridad con que se organizaron las expediciones para cazar al *Neomylodon*– podrían hacernos olvidar que dicho animal nunca había sido visto y que su entidad procedía de relatos recogidos por los expedicionarios patagónicos. Destaquemos aquí el rasgo más interesante de este problema: el hallazgo de unos pocos restos de un animal y una leyenda indígena resultaban suficientes para establecer una nueva especie, sobre la base de una interpretación que la ciencia ve como plausible. Precisamente por ello, varios grupos de científicos y exploradores partieron desde Alemania, Gran Bretaña, los Estados Unidos y Buenos Aires para hallar a este sobreviviente de épocas que, en esas otras zonas del planeta, ya habían transcurrido. Frente a dicha posibilidad, tanto los científicos ansiosos de reconocimiento como los medios deseosos de atraer a un público ya sensibilizado frente a las maravillas de la naturaleza de los territorios desconocidos,[2] se lanzaron en su persecución.

A nuestros ojos puede parecer extraño que un animal inexistente fuera incluido en un género del reino animal sin una sola prueba fehaciente de sus características. Pero recordemos aquí las circunstancias que hacían esto posible. En primer lugar, en esos mismos años en que la expansión occidental ya había provocado la extinción de muchas especies animales,[3] se estaban encontrando ejemplares vivos de otras que se suponían extinguidas hacía miles de años.[4] Estos espe-

[2] N. Jardine, J. A. Secord y E. C. Spary, *Cultures of Natural History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

[3] Como, por ejemplo, el dodo (*Didus ineptus*), un ave pesada, incapaz de volar, de la Isla Mauricio se extinguió a inicios del siglo XVII, víctima de los marinos holandeses que lo cazaban como alimento.

[4] Como, por ejemplo, el Coenolestes y el Notoryctes.

címenes aislados aparecían en los confines de la civilización, y, al igual que los hallazgos de mamuts congelados en Siberia en 1900,[5] despertaban la admiración y las fantasías de legos y científicos. En el caso del *Neomylodon*, es cierto también que la aceptación tan rápida de esta posibilidad se debió, en parte, a la autoridad de Florentino Ameghino en los medios científicos internacionales,[6] ya que fueron él y su hermano Carlos quienes difundieron la espectacular noticia a través de las revistas científicas de Gran Bretaña, Alemania y los Estados Unidos. Sin embargo, esto no nos debe impedir ver algo quizás tan importante como lo anterior, es decir: la imagen de la Patagonia como aquel espacio todavía no conquistado y abierto para lo desconocido. Por ello, en este ensayo nuestro objetivo consiste en presentar un panorama del interés sobre esa zona en el marco de finales del siglo XIX, contexto en el cual la Patagonia era vista como un espacio donde la historia no ocurría. Destaquemos que en esos años era una región que no sólo estaba siendo atravesada por expediciones científicas sino también por los problemas de límites y de aprovechamiento económico que aparecieron una vez que estos territorios se incorporaron a los de las naciones chilena y argentina.

El "Viaje a la Patagonia Austral" de Moreno y el informe de Zeballos: descripciones del desierto anteriores a su conquista

Las primeras instituciones científicas y universitarias que comenzaron a establecerse en la Argentina de la década de 1860 tenían, entre otros, el fin de explorar y dominar científicamente el territorio argentino. En esos años se crearon el Departamento de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires (1865) para la "enseñanza de las matemáticas puras, aplicadas y de la historia natural con el fin de formar en su seno ingenieros y profesores";[7] la Academia de Ciencias de Córdoba (1873) para desarrollar investigación, docencia y

[5] Claudine Cohen, *Le destin du mammouth*, París, Seuil, 1994. R. Dale Guthrie, *Frozen Fauna of the Mammoth Stepe. The story of Blue Babe*, Chicago, The University of Chicago Press, 1990.
[6] I. Podgorny, "De la santidad laica del científico: Florentino Ameghino y el espectáculo de la ciencia en la Argentina moderna", *Entrepasados,* 13, 1997, pp. 37-61.
[7] J. Babini, *Historia de la ciencia en la Argentina*, Buenos Aires, Solar, 1986, p. 127.

publicaciones y la Sociedad Científica Argentina (1872), con el fin de organizar conferencias, dictámenes y discusiones sobre los temas científicos de actualidad y de contribuir a los viajes exploratorios a la Patagonia y a otras regiones. Ya a fines de la década siguiente, se instituyeron el Instituto Geográfico Argentino y el Instituto Geográfico Militar. En 1869, el primer censo nacional indicaba una población total de 1.877.490 habitantes distribuidos en un territorio que, sin embargo, no estaba totalmente dominado por el estado argentino.

Cabe destacar que la exploración de la Patagonia y de los territorios indígenas precedió al dominio real del mismo por parte del estado argentino. La publicación de los descubrimientos y las observaciones que Charles Darwin había realizado sobre el continente sudamericano entre los años 1833 y1836 como naturalista del "Beagle" despertaron el interés de la ciencia victoriana. Las menciones de Darwin a la Patagonia se sumaron a la determinación de algunos mamíferos fósiles por parte de Richard Owen,[8] fauna hasta entonces prácticamente desconocida en el catálogo de animales extinguidos tanto del Nuevo como del Viejo Mundo.[9] En la segunda mitad del siglo XIX, entre otros, Luis Piedra Buena organizó una expedición con el fin de reconocer el río Santa Cruz en 1867; y, de 1869 a 1870, George Chaworth Musters –marino inglés– atravesó el territorio patagónico de uno a otro extremo: desde Punta Arenas (Chile) a Carmen de Patagones. En 1877 tuvieron lugar los viajes a la Patagonia austral de Mr. Ellis, un explorador inglés; de Francisco P. Moreno y Carlos Moyano, argentinos; del teniente de la marina chilena Tomás Rogers y sus compañeros Contreras e Ibar; de Deville Massot, Bonafé, Gouttes y Beerbhom. En 1879, un colono del Chubut emprendió el reconocimiento del Puerto Deseado, Santa Cruz y del Río Chico. Ramón Lista realizó sucesivos viajes de reconocimiento entre 1877 y 1880 mientras que Estanislao Zeballos se internaba en la zona recién conquistada en 1880.

Algunos de estos viajes de relevamiento de recursos eran emprendimientos sin más apoyo que los personales mientras que muchos otros eran avalados por empresas interesadas en la explota-

[8] Sir R. Owen (1804-1892), especialista en anatomía comparada, colaborador y luego antagonista de Darwin y fundador de las secciones de historia natural del Museo Británico, fue una de las figuras destacadas de la ciencia victoriana.

[9] I. Podgorny, "Los gliptodontes en París: las colecciones de mamíferos pampeanos en los museos europeos", a publicarse en el volumen resultante del encuentro de Historia de las Ciencias organizado por el profesor Marcelo Montserrat en la Universidad de San Andrés, mayo de 1999.

ción de la zona o por instituciones tales como la "Sociedad Científica Argentina" o el gobierno nacional. En estos casos, la retórica que el explorador utilizaba para solicitar apoyo a su viaje combinaba los siguientes argumentos: la resolución de uno o varios problemas científicos, la detección de riquezas minerales y de vías de comunicación entre los Andes y la costa atlántica y la defensa de la grandeza y de la integridad territorial argentinas ante las pretensiones de Chile.[10]

Por su relación con la política argentina de la época, los relatos de Francisco P. Moreno y Estanislao Zeballos cobraron singular relevancia. Moreno había emprendido entre 1875 y 1877 sucesivos viajes a la Patagonia, resultando de ellos varias publicaciones,[11] un informe leído frente a la Sociedad Científica Argentina (1876),[12] un museo y un relato de viajes al estilo del diario de Darwin publicado en 1879. En el mes de noviembre de 1877 la provincia de Buenos Aires había aceptado tanto la donación de sus colecciones como las condiciones que Moreno estipulaba en el acta de la misma, es decir: la creación con ellas de un Museo Antropológico y Arqueológico de la Provincia.[13] Del acta de donación sobresalen dos cosas. La primera, la fundamentación se estructura sobre un tema principal: la utilidad a la patria de sus estudios de antropología y arqueología y del resultado práctico de ellos. En la carta que Moreno le dirige al ministro de Gobierno, Vicente Quesada, consideraba que el estudio de la historia nacional debía iniciarse

> [...] por el conocimiento del origen de sus habitantes, de sus caracteres anatómicos, morales e intelectuales, sus inmigraciones, cruzas, distri-

[10] Ramón Lista, *Mis exploraciones y descubrimientos en la Patagonia 1877-1880*, Buenos Aires, Imprenta de Martín Biedma, 1880. Francisco Pascasio Moreno, *Viaje a la Patagonia Austral*, Buenos Aires, Imprenta de la Nación, 1879. I. Podgorny, "Una exhibición científica de la Pampa (Apuntes para la historia de la formación de las colecciones del Museo de La Plata, Argentina)", *Idéias,* 1998, 5(1), pp. 173-216.

[11] Entre otras, F. P. Moreno, "Noticia de Patagonia", *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, 1876, 1, pp. 101-102. "Apuntes sobre las tierras patagónicas", *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, 1878,5, pp. 189-205. "Recuerdos de las tolderías del Limay. Una leyenda araucana", *Revista de Ciencias, Artes y Letras*, 1879, 1, pp. 29-39.

[12] F. P. Moreno, "Viaje a la Patagonia Septentrional", *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, 1, 1876, pp.182-197.

[13] F. P. Moreno, "Fundación del Museo de La Plata. Acta de Donación de don F. P. Moreno a la Provincia de Buenos Aires de sus colecciones el 8/11/1877", en Joaquín V. González, *Obras completas*, 1935, t. 14, pp. 127-136.

> bución geográfica y estado de su civilización primitiva [ya que] Nuestra Historia, señor, no principia con la conquista europea.[14]

La utilidad de estudiar la historia del hombre argentino residía en la posibilidad de ayudar al sometimiento y pacificación de las tribus aborígenes. Por otro lado, la creación de un museo donde atesorar los "tesoros de la historia natural" del hombre en el territorio argentino era una manera de reservar para el país "la gloria y el derecho de dar al mundo su descripción".[15] Por todo ello, el gobierno de la Provincia de Buenos Aires debía asumir la protección de los museos y de sus promotores.

El 1 de agosto de 1878 abrió al público el Museo Antropológico de la Provincia[16] en el cuarto piso del antiguo Teatro de Colón. Poco después, al escribir y publicar su "Viaje", Francisco Moreno iba a construir la siguiente visión retrospectiva sobre el origen del Museo:

> Las huellas de esa marcha progresiva a la perfección, efectuada por medio y a impulsos de la lucha por la existencia estaban marcadas en las mas apartadas y misteriosas soledades, por obras portentosas, hijas del espíritu humano. Los gobiernos y corporaciones científicas, que de un siglo a esta parte, se habían apresurado a reunirlas en grandiosos templos, dieron entonces nueva actividad a las investigaciones en su busca. El eco de ellas llegó a Buenos Aires [...] Desde entonces mi mayor anhelo fue contribuir con mi humilde concurso a esos adelantos. Fruto de mis tareas ha sido la colección que he formado y que he tenido la honra de donar a mi patria para fundar "El Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires", del que soy Director y a cuyo desarrollo destinaré todos los años de mi vida.[17]

En efecto, en el "Viaje a la Patagonia Austral" pueden seguirse dos líneas: una que conduce al dominio de la Patagonia por los héroes de la ciencia y la patria, otra que lleva desde la infancia de Moreno al Museo Antropológico. Uno de los rasgos más interesantes del "Viaje" consiste en que, en este texto, Moreno arma su propia imagen de héroe, comparándose permanentemente con los exploradores del Áfri-

[14] F. P. Moreno, *op.cit.*, p. 127.
[15] *Ibid.*, p. 129.
[16] C. Tejedor, *Mensaje del Poder Ejecutivo de la Provincia a la Honorable Asamblea Legislativa*, *1 de mayo de 1879,* Buenos Aires, Coni, 1879, p. 29.
[17] F. P. Moreno, *Viaje a la Patagonia Austral,* cit., p. 5.

ca (Livingstone y el "descubrimiento" del lago Tanganyka) y con quienes lo habían precedido en la exploración del Río Santa Cruz/Patagonia austral, específicamente con Fitz Roy y Charles Darwin. Para Moreno, el tipo más sacrificado y admirado de viajero era el de los exploradores polares, a quienes, sin embargo, sólo pudo emular a través de la ingestión de un trozo de un témpano encallado en las orillas del bautizado lago Argentino. En este viaje, las huellas del avance de la civilización argentina se marcan con un trago de "Hesperidina",[18] que actuaban –al igual que la entonación de fragmentos de "Aída"– como fuentes de valor y de cohesión del grupo expedicionario. La modernidad y la música de ribetes nacionalistas avanzaban conjuntas por sobre el desierto.

Otro de los temas relevantes del diario se relaciona con el lugar de Moreno como coleccionista para su museo particular y la conciencia de profanador del orden/armonía natural que tal papel implica. Las siguientes citas se refieren a ello:

> Cerca de la comisaría nacional está situado el cementerio de la colonia y en él había sido inhumado mi amigo Sam Slick, buen tehuelche, hijo del cacique Casimiro Biguá [...] [en los viajes anteriores]. Consintió en que hiciéramos su fotografía, pero de ninguna manera quiso que midiera su cuerpo y sobre todo su cabeza. No sé por qué rara preocupación hacía esto, pues más tarde, al volver a encontrarlo en Patagones, aun cuando continuamos siendo amigos no me permitió acercarme a él mientras permanecía borracho, y un año después, cuando llegué a ese punto para emprender viaje a Nahuel Huapí, le propuse que me acompañara y rehusó diciendo que yo quería su cabeza. *Su destino era ése* [...] Fue muerto alevosamente por otros dos indios, en una noche de orgía. A mi llegada supe su desgracia, averigüé el paraje en que había sido inhumado y en una noche de luna exhumé su cadáver, cuyo esqueleto se conserva en el Museo Antropológico de Buenos Aires; *sacrilegio cometido en provecho del estudio osteológico de los tehuelches.*[19]

> El destrozo que de sus tranquilos habitantes [pingüinos] hacemos en esta isla es grande. Veinte de ellos quedan en el fondo del bote, *víctimas del coleccionista* y de las necesidades del estómago de sus tripulantes.[20]

[18] La bebida "Hesperidina" –aperitivo elaborado con corteza de naranjas amargas– fue creada por el Sr. M. S. Bagley en 1864. Es la primera marca registrada en la Argentina.
[19] F. P. Moreno, *op. cit.* pp. 92-93 (las cursivas son nuestras).
[20] *Ibid.*, pp.156 (cursivas nuestras).

> Mientras el hombre no ha penetrado en esta comarca, todo es soledad en ella, nada se mueve; los animales tranquilos cumplen con las exigencias de la vida, reposan y se alimentan; pero la presencia de nosotros *enemigos de casi todas las obras animadas*, interrumpe hoy esa aparente soledad.[21]

Tanto en la relación con los indígenas de la Patagonia como con la naturaleza, los actos de Moreno adquieren una doble dimensión: rompen con la armonía natural, acaban con ella pero, a la vez, se derivan de un orden nuevo, el de la patria. En éste está inscripto el coleccionista y es el que guía irremediablemente a la naturaleza a ser dominada por el hombre. Asimismo, es el destino de la patria el que lleva a Moreno a actuar contra la obra natural que él mismo –adscribiendo al sentimiento romántico frente a la sublime naturaleza– admira en su armoniosa y estable perfección.

Estanislao Zeballos, por su parte, había redactado un informe acerca de las condiciones que hacían factible la expansión de la frontera hacia el Río Negro como un estudio previo del proyecto de ley que el ministro Roca presentaría al Congreso Nacional. Basándose en la lectura de los relatos de otros viajeros, Zeballos argumentaba que tal empresa estaba pendiente desde fines del siglo XVIII. Zeballos dedicó su obra a

> [...] "los jefes y oficiales del ejército expedicionario" con el siguiente fin: "demostrar al país la practibilidad de aquella empresa, y proporcionarle a los jefes y oficiales del ejército expedicionario un conocimiento sintético de la obra en que van a colaborar. V.E. [el ministro de Guerra y Marina, General Julio Roca] me hizo ofrecer además que el Gobierno Nacional compraría la edición de mi obra en remuneración de mi trabajo".[22]

Invitado por Roca a formar parte en la expedición, Zeballos se excusó alegando:

> [...] el viaje sería estéril yendo con una de las columnas expedicionarias, porque apenas podría examinar el itinerario de ella; mientras que será fecundo, cuando asegurada la ocupación del Río Negro y despejado el terreno, pueda yo hacer un viaje de circunvalación des-

[21] *Ibid.*, pp. 185 (cursivas nuestras).
[22] Estanislao Zeballos (1878), *La conquista de las quince mil leguas. Estudio sobre la traslación de la frontera sur de la República al Río Negro*, Buenos Aires, Hispamérica, 1986.

> de el río Negro hasta Mendoza y desde Mendoza hasta Buenos Aires, por el desierto.[23]

Paisaje después de la batalla: la naturaleza muerta

La ocupación definitiva por parte del Estado argentino de los territorios indígenas de la Pampa y de la Patagonia adoptó finalmente la estrategia de una guerra ofensiva. La ley de fronteras aprobada el 5 de octubre de 1878 establecía en su artículo 8o.:

> A medida que avance la actual línea de fronteras, se hará mensurar las tierras a que se refieren los artículos anteriores[24] y levantar los planos respectivos [...], con designación de pastos, aguadas y demás calidades, todo lo cual se hará constar en un registro especial denominado "Registro gráfico de las tierras de fronteras".

La llamada "conquista del desierto" –expansión de la frontera al Río Negro– fue llevada a cabo entre abril y junio de 1879. Durante esta expedición punitiva se mataron y tomaron prisioneros cerca de 14.000 indígenas. Acompañado por una comisión científica agregada al Estado Mayor General e integrada por Adolfo Doering –de la Academia de Ciencias de Córdoba–, F. Schulz, D. G. Lorentz y Gustavo Niederlein, el avance de la frontera era también el del territorio clasificado y relevado topográficamente para permitir la inversión de capitales.[25]

[23] Estanislao Zeballos, *op.cit.*

[24] Es decir, las tierras que se ocuparían con la conquista y que desde entonces serían nacionales.

[25] "Se trataba de conquistarlas en el sentido mas lato de la espresion. No era cuestion de recorrerlas y de dominar con gran aparato, pero transitoriamente, el espacio que pisaban los cascos de los caballos del ejército y el círculo donde alcanzaban las balas de los fusiles [...] Era necesario conquistar real y eficazmente esas 15,000 leguas, limpiarlas de indios de un modo tan absoluto, tan incuestionable, que la mas asustadiza de las asustadizas cosas del mundo, el capital destinado á vivificar las empresas de ganadería y agricultura, tuviera él mismo que tributar homenaje á la evidencia, que no esperimentase recelo en lanzarse sobre las huellas del ejército espedicionario y sellar la toma de posesion por el hombre civilizado de tan dilatadas comarcas. Había una consideracion mas que esa conquista hacía surgir. La administracion superior, por el hecho mismo de apoderarse de esas regiones y declararlas sometidas á su autoridad, aceptaba todas las consecuencias y todos los cargos que esa autoridad acarreaba. Afirmaba que ella era en adelante la encargada de policía de sus nuevos dominios; contraía la obligación de hacer sentir, en todos los rincones de éstos, su accion previsora y protectora [...] La obra de la administración va á principiar, no menos difícil, no menos gloriosa", en Ebelot, "Introducción" *Informe oficial de la Comisión Científica agregada al Estado Mayor General de la Expedición al Río Negro (Patagonia),* Buenos Aires, Ostwald y Martínez, 1881, pp. xi y xxiv. Ortografía original.

El inventario zoológico, botánico y geológico que realizó esta comisión no sólo implicó la colección de la fauna y la flora, sino también nombrar, bautizar, lo que hasta entonces pertenecía al mundo de los confines para, de esta manera, incorporarlo al mundo de la civilización. Ya en Buenos Aires, se agregaron a la tarea de clasificar las especies observadas, Eduardo L. Holmberg (arácnidos), Carlos Berg y Enrique Lynch Arribálzaga (insectos). Singularmente, en la descripción zoológica que sigue a la expedición al Río Negro se hace evidente que la mayoría de las especies había sido descripta con anterioridad. Así, ante la falta de nuevas especies entre los vertebrados, Doering sólo pudo homenajear a los conquistadores del desierto y fundadores políticos de la Nación bautizando con sus nombres a dos gasterópodos: el *Eudioptus avellanedae* y el *Plagiodontes rocae,*[26] especies de caracoles que viven asociadas en la naturaleza y que arrastran con ellos las banderas del avance del Estado argentino.[27]

Los indígenas vencidos se transformaron en parte del territorio y en parte de los resultados científicos de la expedición militar.[28] Los sobrevivientes se constituyeron en objeto de observación, al mismo tiempo que su cultura material y sus cuerpos pasaban a formar parte de aquello sobre lo que ahora tenían soberanía la nación y la ciencia, tal como ha sido relatado entre otros por Hermann ten Kate[29] y definido por Zeballos:

[26] Era muy común en la ciencia de entonces dedicar nuevas especies a los políticos o mecenas de la ciencia.

[27] *Ibid*.

[28] I. Podgorny y Gustavo Politis, "¿Qué sucedió en la historia? Los esqueletos araucanos del Museo de la Plata", *Arqueología contemporánea*, 1990/1992, 3, pp. 73-79.

[29] "En el mes de Julio de 1884 las tribus de Inacayal y de Foyel, integradas por unos ciento ochenta individuos, se presentaron en el Fortín Villegas, en el territorio de Chubut, según las órdenes del comandante del Séptimo de Caballería, con el fin de expresar su fidelidad y su sentimientos pacíficos hacia el gobierno nacional. El comandante envió una nota a Buenos Aires donde avisaba que tenía prisionera a la famosa tribu rebelde de Inacayal y que esperaba las órdenes superiores del gobierno. La orden que llega al Chubut indica embarcar a estos indios a bordo del vapor Villarino, como prisioneros, despojándolos de todos sus caballos y objetos de valor que poseyeran. La travesía fue de lo más penosa para estos infelices, pero el dolor más profundo fue, cuando, ya en la Boca, fueron despojados de sus hijos para repartirlos entre las familias argentinas que los habían solicitado. Fueron conducidos a Tigre, donde permanecieron un año y medio hasta que doctor F. P. Moreno, conmovido por su triste suerte, los pidió para el servicio del Museo, donde las mujeres debían ocuparse de enriquecer las colecciones etnográficas mediante sus trabajos de tejido a la vez que se haría posible estudiar sus costumbres [...]", en Hermann ten Kate, "Matériaux pour servir à l'anthropologie des indiens de la Republique Argentine", *Revista del Museo de La Plata*, 1904, 12, pp. 31 y ss.

> Si la civilización ha querido que ustedes [refiriéndose al ejército] ganen entorchados persiguiendo la raza y conquistando sus tierras, la ciencia exige que yo la sirva llevando los cráneos de los indios a los museos y laboratorios. La barbarie está maldita y no quedarán en el desierto ni los despojos de sus muertos.[30]

De esta manera, los nombres de algunos de los grupos y de los caciques vencidos se incorporaron al paisaje pasando a ser el nombre de accidentes geográficos. Así Zeballos, en su viaje a los territorios ya conquistados, bautizó con los nombres de "Gerenal" a un paso, con el de "Namuncurá" un valle y con el de "Callvucurá", un río. Custodiándolos, las sierras "de la Sociedad Científica Argentina", "del Instituto Geográfico", "de Burmeister",[31] "de Gould",[32] "de Rawson"[33] y "de Gutiérrez"[34] naturalizaban el control científico de la zona. De esta manera Zeballos –que había sido promotor y fundador de la "Sociedad científica" y del "Instituto"– pretendía inmortalizar su propia obra, a su generación y a sus maestros. El bautismo del geógrafo era el acto por el que el desierto dejaba de serlo y que indicaba la conquista de las regiones vírgenes. Aunque ilusorio, este acto de nombrar el desierto como si hasta entonces hubiese sido sólo naturaleza innominada era, sin embargo, diferente al de cambiar el nombre a un sitio que ya tenía uno por ley o decreto estatal. En este segundo significa una disputa entre grupos que nombraban y construían el pasado de otra manera pero que pertenecían a la historia. En la negación de los nombres que los indígenas daban al territorio, por el contrario, estaba presente la asociación de los mismos a un estado natural, anterior al uso del lenguaje.

Con respecto a los vestigios materiales indígenas que Zeballos dice recoger en este viaje, pueden ser agrupados en dos tipos: el primero estaba constituido por los objetos tales como el escudo y documentación del cacicazgo de Callvucurá (indicios que denotaban la complejidad social y política de los grupos vencidos); el segundo, los

[30] E. Zeballos (1881), *Viaje al país de los araucanos*, Buenos Aires, Hachette, 1960, p. 201.
[31] Hermann Burmeister (1807-1892), científico alemán, director del Museo de Buenos Aires desde 1862 hasta su muerte y de la Academia de Ciencias de Córdoba entre 1873 y 1875.
[32] Benjamin, Apthorp Gould (1824-1896), astrónomo estadounidense, director del Observatorio de Córdoba desde 1870, cuando llegó al país contratado para ello, hasta 1885.
[33] Rawson, Guillermo (1821-1890), higienista argentino, había realizado sus estudios médicos en la Universidad de Buenos Aires. Fue el profesor de la primera cátedra de Higiene de la misma.
[34] Juan María Gutiérrez (1809-1878) fue Rector de la Universidad de Buenos Aires entre 1861 y 1874. Durante su gestión se creó el Departamento de Ciencias Exactas.

restos de los cuerpos de los indios asesinados poco tiempo ha. Todo tenía un destino, una colección para un museo inexistente:

> La Rosa Herrera se había propuesto hacerme ver el campo de batalla a que he hecho referencia y obsequiarme con algunos objetos allí recogidos, *para el museo de que ya todos se habían declarado colectores* [...] A medida que nos acercábamos leía en los indicios del suelo la escena siniestra que seis meses antes tuviera lugar allí mismo [...] caballos muertos, con su piel casi intacta todavía, lanzas rotas, aperos, ponchos y cadáveres de indios, todo aparecía aquí y acullá en esparcido desorden [...] Los cadáveres de los indios estaban aún en descomposición y la mayor parte tenía aún la carne adherida a los huesos y algunos conservaban fresca la cabeza, con pelo, y las facciones de la cara casi intactas [...] El correntino Salazar tomó parte en este combate, y había derribado al cacique Gerenal, comandante de los indígenas en la acción. Recordaba [...] que el indio había caído cerca de las barrancas del río, de suerte que era imposible no encontrarlo, interesándome vivamente, como sucedía por su cráneo. Lo hallamos, por fin, y la identidad del cadáver fue en breve establecida por los soldados [...] Yo saqué el cráneo con seis vértebras lumbares. Es un cráneo de tipo araucano verdadero, por sus formas grotescas, sin simetría, deprimidas o sobresalientes, y pos su volumen notable. Conservaba aún la piel de tres milímetros de espesor en los parietales y frontal hasta la fosa nasal, con el pelo entre negro y cano. La putrefacción había respetado esta parte, que permanecía en contacto con la salina, y habiéndolo lavado con alcohol y rociándolo con ácido fénico, pude conservarlo durante todo el viaje, para ofrecerlo más tarde al estudio de los profesores, como un recuerdo valioso de mis peregrinaciones por el desierto de la patria, que anhelaba conocer, y también como el cráneo del último cacique muerto heroicamente en defensa de su guarida en el más apartado refugio: en la inhabitable travesía.[35]

Uno de los rasgos más relevantes de esta colección de cráneos y de restos esqueletarios consiste en que Zeballos les atribuyó nombres propios a algunos a la manera de las reliquias de los santos. Ahora bien, la importancia de la identidad dada a estos restos-trofeos –que luego donaría al Museo de La Plata sólo– puede residir en el mismo

[35] E. Zeballos, *Viaje al país de los araucanos*, cit., pp. 282-283.

nombre con que se bautiza a los huesos: el de los caciques vencidos. El nombre de Gerenal, por ejemplo, no puede más que evocar a esta "figura depredadora" que, como él menciona, había sido plasmada ya en la literatura y en las descripciones pictóricas del malón. La dominación que implica poseer una calavera que lleva por nombre aquel cuyas resonancias habían sido tan terribles, se cierra con el uso de los nombres de los caciques y sus "dinastías" como títulos de libros posteriores de Zeballos. "Callvucurá", "Painé" y "Relmu"[36] dieron sus nombres a las crónicas de su propia derrota.

Los exploradores, misioneros de la época moderna

Las expediciones del Museo de La Plata

En 1884 se inició la construcción del edificio del museo general de La Plata, que abrió definitivamente al público, como centro de exposición e investigación de la nueva capital de la provincia de Buenos Aires, en 1888. El Museo estuvo bajo la dirección de su promotor y fundador Francisco P. Moreno hasta 1906, cuando sus colecciones y personal científico y técnico pasaron a formar parte de la nueva Universidad Nacional de La Plata. Desde el Museo, Moreno trató de implementar un servicio de relevamiento de los recursos de las zonas no exploradas.[37] De esta manera, la función de las ciencias aparecía ligada al progreso económico del país, detectando sus riquezas y proponiendo planes racionales para su explotación. El plan de trabajos de las expediciones de los topógrafos y geólogos alemanes y suizos contratados para el Museo comprendía la exploración de la franja oriental de los Andes entre San Rafael (Mendoza) y el Lago Buenos Aires (Santa Cruz) y se inició en enero de 1896. El programa se inscribía en el más amplio de hacer conocer todo el territorio argentino en sus múltiples fases: tanto como poder económico como, en las regiones que limitaban con otras naciones, en todo lo que contribuyera a mantener la integridad del territorio argentino.[38] Recorde-

[36] E. Zeballos, *Callvucura y las dinastía de los Piedra (1884)*, Buenos Aires, Hachette, 1953. E. Zeballos, *Relmu, reina de los Pinares(1888); Painé y la dinastía de los zorros (1886)*, Buenos Aires, Hachette, 1952.
[37] I. Podgorny, "De Razón a Facultad: funciones del Museo de La Plata en el período 1890-1920", *Runa*, 1995, 22, pp. 89-104.

mos aquí el problema de la delimitación de límites con Chile y que, desde dicho país, también se organizaban expediciones de similar composición y objetivos.

Entre las primeras incursiones de Moreno a esas regiones y éstas, que lo tuvieron como director de un grupo de científicos alemanes, habían transcurrido veinte años, en los que Buenos Aires había empezado a presentarse ante los extranjeros como una ciudad de referencia en el Nuevo Mundo. Para Moreno, desde su idea de un único destino histórico para toda la nación argentina, ese mismo esplendor debía encontrarse en los territorios conquistados al desierto para la civilización. Por ello, Moreno "deseaba comparar el pasado con el presente y apreciar si el progreso soñado existía en realidad o estaba retardado y por qué causas". Moreno razonaba, además, que, al desaparecer el indio indómito y los fuertes y fortines "que se oponían a sus depredaciones", debía darse la siguiente relación:

> [...] donde se levantaba antes la toldería [...] se alzaban pueblos; los alaridos de las juntas de guerra y de los parlamentos habían callado para siempre, y los ganados que pacían en estas praderas no eran ganados robados, sino que formaban núcleos de los ganados prodigiosos del próximo porvenir.[39]

Sin embargo, este viaje y el nuevo encuentro con la región, lo hacen escribir que la historia está frenada esta vez por otras causas, que ya no pertenecen a la naturaleza ni a sus herederos –los aborígenes– sino a la estructura de la administración del Estado argentino, que recurre a una ciencia inexacta, al despilfarro y a la injusticia frente a los colonos, los soldados y los sobrevivientes indígenas:

> Nuestro sistema de división y ubicación de la tierra pública en los territorios nacionales, que no está basado en un plano exacto y detallado que contenga los elementos de juicio necesarios para asignar al terreno su verdadero valor, no puede ser más perjudicial y detendrá seguramente el progreso de esos territorios.[40]

[38] F. P. Moreno, "Reconocimiento de la región andina de la República Argentina. Apuntes preliminares sobre una excursión a los territorios del Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz hecha por las secciones Topográfica y Geológica bajo la dirección de F. P. Moreno, director del Museo", *Revista del Museo de La Plata*, 1897, 8, 2a parte, pp. 199-372.
[39] F. P. Moreno, *op. cit.*, p. 211.
[40] *Ibid.*, p. 284

Moreno adopta, asimismo, el papel de portavoz del reclamo del habitante patagónico frente a las instituciones de Buenos Aires: "¡Más de un pedido he recibido de esos pobres colonos para que trate de impedir que no se reduzca el perímetro de la colonia, pero qué hacer cuando no se escuchan voces de tan lejos y se procede de manera tan contraria a los intereses del país!" [41]

Moreno, con sus informes, quería contribuir también a combatir las imágenes instaladas en la rutina bonaerense que decía que "Patagonia" equivalía a esterilidad. La riqueza económica de la región no residía sólo en la explotación de las materias primas o de la fertilidad de sus campos de pastoreo y de cultivo sino también, como en todo país moderno, en el uso del paisaje como turismo y descanso curativo. Para el director del Museo, la creación de sanatorios y establecimientos termales para el burgués moderno ayudarían a crear una nueva Suiza en la Patagonia andina. El saldo del viaje es sin embargo desalentador:

> Agradables evocaciones éstas cuando la comparación del pasado con el presente arroja un saldo favorable para el país. Sin embargo, debo confesarlo, esperaba encontrar más progreso en estos parajes; pero ¿cómo obtenerlo cuando la tierra entre Junín de los Andes y Caleufú tiene solo dos dueños, y la población no alcanza a un hombre por cada cien kilómetros? [42]

Así, en el informe de Moreno, las exploraciones y las soluciones que él dirige y propone crean una sinonimia: aquella entre la única autoridad científica y la palabra pronunciada desde el Museo de La Plata. Esto aparece también para otros dos problemas: primero, la disputa de límites con Chile y las conclusiones erróneas a las que habrían llegado los grupos de exploradores alemanes contratados del lado chileno;[43] y, segundo, los diagnósticos paleontológicos y geológicos de Florentino y Carlos Ameghino, supuestamente tan fallidos como el de las otras iniciativas científicas que no se iniciaban desde el Museo. Así, por ejemplo, con respecto al *Neomylodon*, Hauthal, miembro del

[41] *Ibid.*, p. 280-281.
[42] *Ibid.*, p. 247
[43] Además de en Moreno, *op. cit.*, esto aparece en E. Delachaux, "Límites occidentales de la República Argentina". El artículo de Juan Steffen, "La cuestión de límite argentino-chilena con especial consideración de la Patagonia. Examen crítico", *Revista del Museo de La Plata*, 1899, 9, pp. 1-78.

grupo de los exploradores de Moreno, insiste en que ninguno de los expedicionarios había visto nunca ni huellas ni rastros de semejante animal y que, por lo tanto, no había posibilidad ninguna de que la bestia estuviera viva ni en los bosques ni en las mesetas patagónicas.[44] El ojo del museo, en la retórica de sus empleados, tenía más capacidad topográfica y exploratoria que otras miradas y, por lo tanto, la capacidad de cuestionarlas.

Las expediciones paleontológicas

Florentino Ameghino había sido parte del Museo de La Plata entre 1886 y 1887, ocupando el cargo de subdirector. Había obtenido, también, un empleo para su hermano Carlos para la búsqueda y extracción de fósiles, además de fondos para excursiones y publicaciones y una casa en el parque del Museo de La Plata. En diciembre de 1887 se enfrentó al director, publicando su renuncia en *La Nación* en irritados términos hacia su superior por lo que fue exonerado del cargo. Este suceso dio inicio a una competencia feroz entre Ameghino y el Museo, disputa que, paradójicamente, al aceptar la identificación entre la institución y su director, respetaba la lógica que establecía Moreno.[45]

Destaquemos que F. Ameghino sostenía la hipótesis de que la Patagonia era la cuna de varias especies de animales que se habrían dispersado más allá de esta región. Con este motivo, desde 1887 envió sucesivas veces a su hermano Carlos a Santa Cruz para recoger fósiles y evidencias que le permitieran sustentar tal idea. La división de las tareas estructuró una empresa familiar donde Carlos realizaba el trabajo de campo y Florentino, en su casa de La Plata, las determinaciones taxonómicas y la publicación de los hallazgos de su hermano. Los viajes de Carlos, que se repitieron hasta 1903[46] (año en que Florentino hizo su única visita a Patagonia), se planteaban en

[44] R. Hauthal, S. Roth y R. Lehmann-Nitsche, "El mamífero misterioso de la Patagonia", *Revista del Museo de La Plata*, 1899, 9, pp. 409-473.

[45] I. Podgorny, "De la santidad laica del científico: Florentino Ameghino y el espectáculo de la ciencia en la Argentina moderna", citado.

[46] Mientras que las dos primeras fueron como "naturalista viajero" del Museo de La Plata, luego del enfrentamiento entre Florentino y Moreno, los viajes de Carlos Ameghino a la Patagonia eran sustentados con fondos familiares y/o recursos gestionados por su hermano.

franca competencia con las expediciones de los paleontólogos del Museo de La Plata. El amplísimo territorio y lo desconocido del mismo les permitía a los Ameghino jugar con el ocultamiento de información precisa[47] como para que nadie más que ellos pudiera otorgarse el crédito de la prioridad de nombrar y clasificar un nuevo fósil. Fue durante estas estadías en el Sur que Carlos Ameghino recogió la leyenda del *Jemmish* y Florentino la lanzó a publicidad en un mundo científico y de periódicos de divulgación en el que gozaba de amplia credibilidad.

Así, el deseo de poseer en las instituciones norteamericanas y europeas series representativas de los fósiles patagónicos descriptos por Florentino Ameghino generó numerosas exploraciones y no pocas penurias a los expedicionarios. La búsqueda de colecciones para su comparación con los fósiles del hemisferio norte se dio casi al mismo tiempo que la búsqueda del *Neomylodon*. De este modo, la Patagonia se pobló de caballeros que o no hablaban español o lo balbuceaban con acentos extraños. Entre las expediciones se cuentan las de A. Tourner, las de Lord Cavendish, la de Hesketh Prichard, comisionado por el *Daily Express* de Londres,[48] las de los cazadores de bestias para los circos y zoológicos europeos y la de John Bell Hatcher, de la Universidad de Princeton. En efecto, en 1896, desde Princeton se organizó una expedición con el objetivo de recoger colecciones de fósiles de vertebrados e invertebrados de la región, tratar de establecer una estratigrafía geológica y, a la vez, proceder a la recolección de plantas y animales.[49] Las expediciones de Princeton fueron tres: la primera se realizó entre el 1 de marzo de 1897 y el 16 de julio de 1897 (Hatcher acompañado de su cuñado, Olof August Peterson); la segunda, entre el 7 de noviembre de 1897 y el 9 de noviembre de 1898 (Hatcher y A. E. Colburn, taxidermista), y la última , entre el 9 de diciembre de 1898 y el 1 de septiembre de 1899 (Hatcher y Peterson).[50] Es interesante destacar que en la narrativa de

[47] G. G. Simpson, *Discovers of the Lost World. An account of some of those who brought back to life South American mammals long buried in the abyss of time*, New Have, Yale University Press, 1984.

[48] H. Prichard, *Through the heart of Patagonia*, Londres, William Heinemann, 1902.

[49] J. B. Hatcher (in charge) y W.B. Scott (ed.), *Reports of the Princeton University Expeditions to Patagonia, 1896-1899*, Princeton y Stuttgart, Princeton University Press y Schweizerbart'sche Verlagshandlung, 1903. Los diecinueve volúmenes del informe fueron publicados en formato mayor (cuarta), con profusión de ilustraciones y gracias al mecenazgo privado de J. Pierpont Morgan.

[50] Las fechas corren desde la partida y la llegada de los científicos desde –y al– el puerto de origen, es decir Nueva York.

Hatcher aparece un rasgo que también aparece en el relato de Moreno: el estado de inmutabilidad que las cosas adquieren en la Patagonia. Hatcher observaba que las ruinas que Darwin había visto hacía sesenta años se conservaban de igual modo, mientras que Moreno, por su parte, mencionaba que en sus primeros viajes los despojos de seis arreadores de hacienda asesinados seis meses antes por las lanzas del capitanejo Pichun se conservaban a la vista del viajero. La Patagonia aparecía en ambas descripciones como ese lugar gobernado por la pura e inmutable naturaleza, donde la historia y el cambio pertenecían sólo a la acción del hombre blanco y en oposición al indígena, tan inerte como la naturaleza:

> El pasado, la inanidad humana, la encontramos en las blancas calaveras y en los huesos destrozados de un cementerio indígena revuelto por los buscadores de prendas de plata, y pasado este cuadro lúgubre penetramos en una hermosísima llanura, donde hubiésemos querido encontrar la lechería complementaria a aquel marco encantador.[51]

Este paisaje sin cambio, donde la historia no sucede, es aquel paisaje donde, casi por derivación de esta idea, puede sobrevivir la fauna prehistórica, y donde, como Lehmann-Nitsche afirma, "se ve que siempre hay quien espera encontrar un animal desconocido".[52] Para este antropólogo alemán, la Patagonia, sin embargo, no estaba desprovista de historia como otros estaban dispuestos a aceptar. Lehmann-Nitsche recurre a los relatos que le proveían sus informantes indígenas para demostrar que en la memoria de los pueblos del sur ya no quedaba rastro del recuerdo del *Grypotherium*. Con ello afirmaba que el tiempo transcurrido hubo de ser enorme como para crear una ruptura semejante entre las generaciones que convivieron con dicha bestia y las contemporáneas que ya no lo mencionaban.

Pero incluso para quienes vieron frustradas sus esperanzas de dar a conocer al mundo la imagen del misterioso mamífero de la Patagonia, la extensión de la región no los dejaba afirmar que tal bestia no existiera:

[51] F. P. Moreno, *op. cit.*, pp. 233-234. Esto se refuerza, en el caso de Moreno, a través de otro recurso de escritura como el incluir descripciones anteriores del mismo territorio en textos escritos veinte años después.

[52] R. Lehmann-Nitsche , "La pretendida existencia actual del *Grypotherium*. Supersticiones araucanas referidas a la lutra y al tigre", *Revista del Museo de La Plata*, 1902, 10, pp. 269-281.

> [...] además de las regiones que visitó nuestra expedición, existen cientos y cientos de millas cuadradas de ambos lados de los Andes que todavía se mantiene vírgenes de la mirada humana [...] Sería presuntuoso afirmar que, en algún valle oculto, lejos de la presencia humana, un animal prehistórico pueda alguna vez ser hallado. La Patagonia es un territorio vasto y plagado de tantas dificultades naturales, que me hace creer que la penetración completa de sus recintos será la obra no de un hombre ni de una partida de hombres, sino el resultado del lento progreso de la avanzada humana hacia estas regiones.[53]

En 1900, la revista *Globus*, una de las más difundidas revistas geográficas de entonces, cerraba el siglo XIX preguntando a sus lectores: "¿qué partes de la Tierra permanecen aún desconocidas?"[54] Esta pregunta, que casi cien años después suena tan lejana, era contestada e ilustrada con un mapa donde parte de la Patagonia figuraba como parte de aquellas regiones por explorar,[55] al igual que las selvas amazónica y africana. La ilusión contemporánea es que todo ha sido explorado y conocido. Pero, sin embargo, el pasado de la Patagonia continúa siendo el territorio donde el *Neomylodon* puede seguir existiendo. Las imágenes de la ciencia finisecular se han refugiado también en ese recinto natural que ella misma creó.

Reconocimientos

Parte de los materiales aquí utilizados fueron consultados en el Ibero-Amerikanisches Institut y en la Staatsbibliothek zu Berlin (Preußischer Kulturbesitz) durante la visita científica realizada en el verano de 1998 gracias al convenio existente entre el CONICET y el DAAD (Servicio Alemán de Intercambio Académico).

[53] H. Prichard, *op.cit.*, p. xiv.

[54] H. Singer, "Welche Erdgebiete sind am Schlusse des 19. Jahrhunderts noch unbekannt?", *Globus, Illustrierte Zeitschrift für Länder- und Völkerkunde*, 1900, 47 (20), pp. 313-320.

[55] "Im argentinischen Patagonien sind viele Flüsse, besonders die in den Anden und ihren Vorbergen liegenden Oberläufe, noch nicht erforscht worden, und von den grossten Strömen Arroyo Bajo und Arroyo Salado kennt man nur die Mündungen und kurze Strecke in der Quellen-gegend. Auch Feuerland bildet noch ein dankbares Forschungsfeld, namentlich die chilenische Hälfte", H. Singer, *op. cit.*, p. 319.